

¡Vuela, abejorro!



**LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

 **Bundesministerium**  
Kunst, Kultur,  
öffentlicher Dienst und Sport

Esta publicación ha recibido ayuda del Bundesministerium für Kunst,  
Kultur, öffentlicher Dienst und Sport.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *Maikäfer, flieg!*

En cubierta: ilustración de © Ana Zapico,  
a partir de fotografía de © Smith Archive/Alamy Stock Photo  
© 1973, 1996 Beltz & Gelberg in the publishing group  
Beltz-Weinheim Basel

© De la traducción, Marta Armengol Royo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18859-72-4

Depósito legal: M-11-2022

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

# ¡VUELA, ABEJORRO!

CHRISTINE NÖSTLINGER

Traducción del alemán  
de Marta Armengol Royo

 Siruela

Las Tres Edades

## Prefacio

La historia que voy a contar tiene más de veinticinco años<sup>1</sup>. Hace veinticinco años, la ropa era diferente y los coches también. Las calles eran diferentes y la comida también. Todos éramos diferentes. Aunque hace veinticinco años los niños de Viena también cantaban:

*¡Vuela, abejorro, vuela!  
Tu padre está en la guerra.*

Y hoy en día, los niños siguen cantando:

*¡Vuela, abejorro, vuela!  
Tu padre está en la guerra.*

Lo que pasa es que los niños de entonces lo cantaban con razón porque sus padres estaban en la guerra de verdad.

*Tu madre está en el país del polvo.*

<sup>1</sup> Esta novela se publicó por primera vez en 1973.

Las madres estaban en el país del polvo de verdad. Y nosotros con ellas.

*El país del polvo ardió del todo.*

Pero no es culpa de los abejorros que arda el país del polvo. Ni lo era hace veinticinco años.

La historia que voy a contar es una historia del país del polvo.

# 1

*La casa*  
*La abuela – La radio*  
*La tía Hanni*  
*Los collares de perlas del cielo*

Yo tenía ocho años. Vivía en Hernals, que es un barrio de Viena. Vivía en una casa gris de dos pisos. En la última puerta del entresuelo. Detrás de la casa había un patio con contenedores de basura, una barra para sacudir alfombras y una banqueta para cortar leña. Y al fondo del patio, junto a la pared de los excusados, había un ciruelo, aunque nunca había dado ciruelas.

Debajo de nuestra casa había un sótano. Era el mejor sótano y el más grande de toda la manzana. Tener un buen sótano era importante. Tener un buen sótano era más importante que un salón bonito o un dormitorio confortable. Por las bombas, porque estábamos en guerra.

Hacía tiempo que estábamos en guerra. Yo ni me acordaba de lo que era no estar en guerra. Me había acostumbrado a la guerra, y a las bombas también. Estaba en casa de mi abuela. Vivía en el mismo edificio, también en el entresuelo, pero en la primera puerta. La abuela era dura de oído. Yo estaba sentada con ella en la cocina. La abuela pelaba patatas y echaba pestes de las patatas y de la guerra. Decía que antes de la guerra hubiera agarrado

aquellas patatas tan sucias y llenas de manchas negras y se las hubiera tirado a la cabeza a la verdulera. Aquellas patatas llenas de manchas negras hacían temblar de rabia a la abuela. La abuela temblaba de rabia a menudo. Era una mujer feroz.

Junto a la abuela, sobre el aparador, estaba la radio. La radio era de la marca Volksempfänger, una cajita negra con un único dial de color rojo. El dial servía para encenderla, apagarla, subir el volumen y bajar el volumen. La radio estaba emitiendo música militar hasta que, de repente, la música terminó y una voz dijo:

—¡Atención, atención! ¡Tropas enemigas se aproximan a Stein am Anger!

Y ya no sonó más música militar. La abuela seguía echando pestes de las patatas y de la guerra, y ahora también de nuestro jefe de bloque. Como era dura de oído, no se había enterado del anuncio de la radio, así que yo le dije:

—Abuela, que vienen los aviones.

No lo dije en voz muy alta, lo dije flojito a propósito para que la abuela no me oyera. Cuando los aviones llegaban a Stein am Anger aún no era seguro que volaran hacia Viena. Quizá se dirigían a otro lugar. No me apetecía nada correr a meterme en el sótano. La abuela siempre corría a meterse en el sótano cuando los aviones iban por Stein am Anger. Y si no, cuando mi madre o mi hermana o mi abuelo estaban en casa y la avisaban de que venían los aviones.

Pero los aviones no se desviaron. La radio escupía su zumbido estridente:

—Cucucucucucucucucucú...

Era la señal de que los bombarderos se aproximaban

a Viena. Me acerqué a la ventana. La tía Hanni iba por el callejón. La tía Hanni era una vieja que vivía tres casas más allá a la que la guerra y las bombas habían vuelto loca. Llevaba un taburete plegable bajo un brazo y una manta de cuadros enrollada bajo el otro.

—¡Que chilla el cuco! ¡Atención, que chilla el cuco!  
—gritaba sin dejar de correr.

Cada vez que había un bombardeo corría alrededor de la manzana, dando vueltas y más vueltas. Iba en busca de un sótano seguro, pero ningún sótano era lo bastante seguro para ella. Corría sin dejar de jadear y temblar y gritar «¡cucú!» hasta que terminaba el bombardeo. Entonces volvía a casa, dejaba el taburete plegado junto a la puerta y se sentaba con la manta a cuadros sobre las rodillas a esperar a que el cuco de la radio volviera a ponerse a chillar. Cuando la tía Hanni pasó junto a la ventana de la cocina de la abuela, las sirenas empezaron a aullar. Las sirenas estaban colocadas en los tejados de las casas y metían un ruido tremendo. El aullido de las sirenas significaba: «¡Ya llegan los aviones!».

En ese momento, mi abuela comparaba las pocas patatas aprovechables que le habían quedado con el montón enorme de mondas, pedazos podridos y cachos negros. Y se puso a echar pestes, ya no solo de la verdulera y el jefe de bloque, sino también del cerdo del jefe de zona y del tarado de Hitler que nos había metido en ese pollo.

—¡Estos señores que se creen tan importantes nos meten en este pollo para que nosotros, pobres diablos, nos lo comamos con patatas! —refunfuñaba la abuela. En cuanto las sirenas se pusieron a aullar, se detuvo y preguntó—: ¿Suenan las sirenas?

Y yo dije:

—¡No, no!

No me quedaba más remedio que decir que no. No podía bajar al sótano con la abuela. Estaba demasiado furiosa, demasiado enfadada. Hubiera seguido echando pestes en el sótano. Pestes del jefe de bloque, de Hitler, de Goebbels, del jefe de zona y de la verdulera, y no debía hacerlo. La abuela se quejaba mucho y muy a menudo. Y en un tono demasiado alto. Porque era dura de oído, claro. A veces, la gente que oye mal habla muy fuerte para compensar. Y la abuela tampoco saludaba nunca diciendo «Heil Hitler». Y en el sótano estaría la señora Brenner, del primero. Y la señora Brenner ya había dicho alguna vez que a las mujeres como mi abuela habría que denunciarlas a la Gestapo por no creer en la victoria del pueblo alemán y por no hacer su parte para ganar la guerra y por estar en contra del Führer<sup>2</sup>.

La señora Brenner me daba miedo. Por eso me callé lo de las sirenas. La abuela puso las patatas sobre el fogón de gas. Entonces se ablandó un poco, porque en el fogón ardía una llama grande y azul, cosa que no pasaba a menudo. Era porque no había nadie más cocinando en todo el bloque, estaba todo el mundo en el sótano.

En nuestra calle no se veía ni un alma. Más arriba, en la Kalvarienberggasse, la tía Hanni aún correteaba. Muy flojito, la oía gritar:

—¡Que chillar el cuco! ¡Que chillar el cuco!

Miré al cielo. El cielo estaba de color azul nomeolvides. Y entonces vi los aviones. Eran muchos. Venía uno a la cabeza, seguido de dos, seguidos de tres, seguidos de muchos más. Los aviones eran bonitos, relumbraban

<sup>2</sup> Führer: Adolf Hitler

al sol. Y, de repente, empezaron a dejar caer las bombas. Eso no lo había visto nunca porque para entonces estaba siempre metida en el sótano. En el sótano era todo distinto, lo único que se podía hacer era sentarse y esperar hasta que se oía un silbido y la gente agachaba la cabeza y entonces se oía una explosión y luego volvía el silencio. Y siempre había alguien que decía: «¡Ha caído cerca!» y los demás volvían a levantar la cabeza, aliviados porque la bomba había caído en otro sitio y su casa seguía en pie y ellos seguían vivos.

Así que vi las bombas. Los aviones soltaban desde sus panzas tantas bombas y tan seguidas que era como si de cada uno colgara un reluciente collar de perlas grises. Y entonces el collar se rompía y las bombas caían silbando. Caían con estruendo, un estruendo más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera oído en la vida. Tan fuerte que hasta la abuela lo oyó. La abuela me agarró para apartarme de la ventana mientras gritaba:

—¡Rápido, corre! ¡Al sótano! ¡Rápido!

Pero yo no podía correr. No podía moverme. Me aferraba al alféizar de la ventana como si se me hubieran pegado las manos. La abuela me arrancó de allí y me arrastró por la cocina y luego por el pasillo hasta la puerta del sótano. Las bombas caían y caían. El estruendo era cada vez mayor y me pesaba en la cabeza, me silbaba en los oídos, me ardía en la nariz, me hacía un nudo en la garganta. La abuela me empujó escaleras abajo hacia el sótano mientras corría a trompicones detrás de mí. Entonces me cayó encima y juntas resbalamos por los gastadísimos peldaños. A nuestra espalda, la puerta se cerró de golpe.

Nos quedamos sentadas en el último escalón. Se había

ido la luz y estaba todo oscuro. Me apoyé en la abuela, que temblaba y sollozaba. Sobre nuestras cabezas oíamos silbidos y estallidos. La puerta del sótano se abría y se cerraba y se abría y se cerraba de nuevo.

De repente se hizo el silencio. La abuela dejó de sollozar y de temblar. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho grande y blandito y ella me acariciaba mientras murmuraba:

—¡Pero ya se van! ¡Ya se van!

Entonces sonó el aullido de la sirena del cese de alarma, un sonido mucho más suave y prolongado. Al fondo, al final del sótano, se hizo la luz. Era la linterna grande del conserje del edificio.

—¡Amigos! ¡Mantengan la calma! ¡Voy a ver! ¡Pero que no cunda el pánico, por favor! —dijo.

La abuela y yo subimos con el conserje. Nuestra casa seguía entera, solo se habían roto los cristales de un par de ventanas por culpa de la presión de las bombas al caer. Salimos a la calle. De los otros edificios también salía gente. Más arriba, en la Kalvarienberggasse, se alzaba una gran nube de polvo. Y abajo, en el Gürtel, faltaban la casa grande y la pequeñita de al lado.

El marido de la tía Hanni se nos acercó.

—¿Habéis visto a Hanni? —preguntó. Tenía la cara muy gris y muy cansada, y añadió—: ¡Llevo todo el rato buscándola!

No habíamos visto a la tía Hanni y no volvimos a verla. Estaba allí arriba, en la Kalvarienberggasse, bajo un montón de escombros. Su marido la sacó. De no ser porque llevaba el taburete plegable bajo un brazo y la manta de cuadros bajo el otro, no la hubiera reconocido, porque le faltaba la cabeza.

Pero eso entonces no lo sabíamos.

El conserje le dio un consejo al marido de la tía Hanni:

—¡Bájese al búnker de Pezzlpark a echar un vistazo!  
¡Tal vez esté ahí!

El marido de la tía Hanni negó con la cabeza.

—¿Cómo va a estar en el búnker? ¡Nunca se ha metido  
en un búnker! ¡No quiere ni entrar!

El marido de la tía Hanni se fue. Mi abuela lo vio marchar, y yo me di cuenta de que se había puesto a temblar otra vez. De repente, gritó:

—¡A la mierda Hitler! ¡Heil Hitler, a la mierda Hitler!

—Por favor, por favor —le decía el conserje—. Cállese,  
por favor, ¡hablar así puede costarle la vida!

Pero la abuela no se callaba, seguía gritando sin parar,  
como un disco rayado.

—¡A la mierda Hitler, heil Hitler, a la mierda Hitler,  
heil Hitler, a la mierda Hitler!

El conserje metió a la abuela en el edificio. Yo lo ayudé por detrás, dándole empujones desesperados en el trasero.

Poco a poco, la abuela se calmó. Se apoyó en la pared del pasillo.

—¡Las patatas! —murmuró de repente—. ¡Me he dejado las patatas en el fuego! ¡Se me han quemado las patatas!

La abuela fue corriendo a la cocina, y yo detrás. Las patatas no se habían quemado porque se había cortado el gas. Las bombas habrían destruido alguna tubería.